

ANNE RICE

CON EL PSEUDÓNIMO DE
ANNE RAMPLING

Belinda

The book cover features a close-up, low-angle shot of a woman's face. She is wearing a red blindfold that covers her eyes. Her lips are painted a vibrant red. The background is dark and textured, possibly a patterned fabric. A decorative horizontal band of white lace runs across the middle of the cover, partially overlapping the woman's face and the title. The title 'Belinda' is written in a white, elegant cursive font across this lace band. Above the title, the author's name 'ANNE RICE' is printed in large, gold, serif capital letters. Below that, in smaller white capital letters, it says 'CON EL PSEUDÓNIMO DE ANNE RAMPLING'.

Un cuento erótico y controvertido de seducción y obsesión. Belinda es la última fantasía, objeto de deseo de cabellos dorados, fresca y desinhibida. Pero a Jeremy Walker, de 44 años de edad, guapo y famoso ilustrador de libros para niños, Belinda es una pasión prohibida, a la vez seductora y encantadora.

En Belinda, Rice nos sumerge en una historia de amor prohibido para descubrir los oscuros recovecos de la pasión. Igual que Historia de O escandalizó en la década de los sesenta expresando lo que hasta ese momento se mantenía velado, Anne Rampling pone de manifiesto los deseos sexuales de nuestro tiempo.

**A la memoria de
John Dodds
1922-1986**

Estimado editor, mentor y amigo

Esta novela está dedicada a mí

Bend down, bend down. Excess
 is the only ease,
 so bend. The sun is in the tree.
 Put your mouth on mine. Bend down
 beam & slash, for Dread is dreamed-up-scenes
 of what comes after death. Is being
 fled from what bends down in pain.
 The elbow bends in the brain, lifts the cup.
 The worst is yet to dream you up,
 so bend down the intrigue
 you dreamed. Flee the hayneedle in the brain's tree.
 Excess allures by leaps. Stars burn clean. Oriole
 bitches and gleams. Dread is the fear of being less
 forever. Son bend. Bend down and kiss
 what you see.

Excess Is Ease

STAN RICE

Abandónate, abandónate. El exceso
 es el único alivio,
 así que abandónate. El sol está en el árbol.
 Pon tu boca sobre la mía. Abandónate al
 rayo y al ardor, pues el miedo son escenas soñadas
 de lo que sucede tras la muerte. Es ser rechazado por
 lo que se inclina con dolor.
 En la mente el codo se dobla, alza la copa.
 Lo peor está todavía por soñarte,
 así que doblega la intriga que
 soñaste. Huye de la aguja de heno en el árbol del cerebro.

El exceso atrae por oleadas. Las estrellas se consumen. La
oropéndola
se asoma y se lamenta. El miedo es el temor a ser menos
para siempre. Así que abandónate. Inclínate y besa
cuanto veas.

El exceso es alivio

STAN RICE

Primera parte

El mundo de Jeremy Walker

1

Lo primero que me vino a la mente cuando la vi en la librería fue: «¿Quién será?» Jody, la publicista, la señaló y me dijo:

—Mira allí tienes una admiradora entusiasta. —Y añadió —: La rubita.

Rubio era ciertamente el cabello que le caía sobre los hombros. Pero ¿quién era ella en realidad?

Pensé fotografiarla, pintarla, tocar sus sedosos muslos desnudos bajo la cortita falda plisada de colegio católico. Sí, pensé en todo eso, debo admitirlo. Hubiera querido besarla, saber si su piel era tan suave como me parecía en aquel momento, como la de un bebé.

Sí, estaba allí desde el principio, me di cuenta en cuanto me miró con una sonrisa incitante y llena de experiencia que hizo que sus ojos fueran, por un momento, los de una mujer.

Llevaba zapatos planos y con cordones, bolso colgado al hombro y calcetines blancos que le cubrían la pantorrilla. Tenía que ser una alumna de colegio privado, arrastrada por la cola que se formaba fuera de la librería, mientras trataba de ver qué estaba sucediendo.

Sin embargo, algo extraño en ella me hacía suponer que debía tratarse de «alguien». No era su porte necesariamente, ni la manera en que estaba de pie con los brazos cruzados, mirando con tranquilidad cuanto sucedía en la presentación del libro. La juventud de hoy día parece haber heredado ese aire, que es tan enemigo suyo como lo fue la ignorancia de mi generación.

A pesar de la arrugada blusa estilo Peter Pan que llevaba y del jersey anudado con desenvoltura en torno a los hombros, ella tenía un resplandor que hacía que pareciese recién salida de Hollywood. Su piel estaba demasiado homogéneamente dorada por el sol (habida cuenta de sus sedosos muslos y de que llevaba una falda muy corta) y su cabello largo y suelto era casi del color del platino. Se había aplicado lápiz de labios con mucho cuidado, y muy probablemente con la ayuda de un pincel. Todo ello hacía que sus ropas escolares se convirtieran en una especie de disfraz elegido con esmero.

Podía muy bien haber sido una niña actriz, desde luego, o una modelo de las que yo había fotografiado a menudo y que podían comercializar su imagen juvenil hasta los veinticinco o los treinta años. Ciertamente no le faltaba belleza. Tenía los labios carnosos, algo fruncidos, como los de un niño de pecho. Tenía la imagen perfecta. Dios mío, era preciosa.

Sin embargo, esta observación tampoco me parecía correcta. De cualquier manera ella se me antojaba demasiado mayor para ser una de las pequeñas lectoras de mis libros que, acompañadas de sus madres, se agolpaban ahora a mi alrededor. Aun así, no tenía la sensación de que fuese lo bastante mayor para formar parte de mis fieles lectoras adultas, que con suaves y avergonzadas disculpas seguían comprando todas mis nuevas obras.

No, ella no encajaba bien allí. Y a mí, bajo la suave iluminación eléctrica que a la luz del día reinaba en la abarrotada librería, me parecía estar viendo a un ser imaginario, una alucinación.

Parecía haber algo inmaterial en ello, y sin embargo ella era muy real, quizá más de lo que yo lo haya sido nunca.

Me obligué a mí mismo a no mirarla fijamente. Tenía que seguir escribiendo en los ejemplares de *En busca de Bettina*, según me los iban dejando a mano las chiquillas con las caritas levantadas.

«Para Rosalind, la del precioso nombre», «Para Brenda, la de las lindísimas trenzas» o «Para la bonita Dorothy, con mis mejores deseos».

—¿Es cierto que usted también escribe los diálogos de las historias?

Sí, claro.

—¿Hará usted más libros sobre Bettina?

Lo intentaré. Pero éste es el séptimo. ¿Acaso no son suficientes? ¿Qué crees tú?

—¿Bettina es una chica real?

Lo es para mí, ¿y para ti?

—¿Hace usted también los dibujos del programa del sábado por la mañana de Charlotte?

No, los hace la gente de televisión. Aunque deben esmerarse en hacerlos iguales a los míos.

Hacía mucho calor para ser San Francisco, aun así la co-la llegaba hasta la puerta y, según me comentaron, incluso hasta la esquina. En San Francisco nadie está preparado para el calor. Me volví para ver si ella seguía en el mismo lugar. Sí, allí estaba. Y de nuevo sonrió de aquella manera reservada que no admitía discusión.

Venga, Jeremy, pon atención en lo que estás haciendo, no defraudes a todo el mundo. Dedícale una sonrisa a cada una. Escúchalas.

Aparecieron dos niñas más, salidas del colegio; llevaban pintura al óleo en las sudaderas y en los tejanos, y traían el enorme libro *El mundo de Jeremy Walker*, que había sido publicado en Navidad.

Cada vez que veía el ostentoso volumen me sentía confuso, pero ¡cuánto había significado! Un gran testimonio, después de tantos años, cuyo contenido no sólo estaba repleto de soberbias comparaciones con Rousseau, Dalí y hasta con Monet, sino también lleno de análisis mareantes.

«Desde el principio el trabajo de Walker ha trascendido la mera ilustración. Aunque sus pequeñas protagonistas sugieren en un primer momento la dulzura sacarosa de Kate

Greenaway, el complejo entorno en que se hallan las hace tan originales como el desasosiego que producen».

Hacer que alguien pague cincuenta dólares por un libro me parece obsceno.

—Sabía que era usted un artista desde que tenía cuatro años..., solía recortar las páginas de sus dibujos, las enmarcar y las colgaba en la pared.

—Gracias.

—Valen cada penique que he pagado. Vi su obra en la Rhinegold Gallery de Nueva York.

Sí, Rhinegold siempre ha sido bueno conmigo, hacía exposiciones de mi trabajo cuando todo el mundo decía que yo no pasaba de ser un autor para niñas. El bueno de Rhinegold.

—Cuando el Museo de Arte Moderno esté dispuesto a admitir...

Es el viejo dicho, ya se sabe. Cuando haya muerto. (No hay que mencionar el trabajo expuesto en el Centre Pompidou de París. Eso sería demasiado arrogante).

—Quiero decir que vaya porquerías consideran ellos que son trabajos serios. ¿Ha visto usted?

Sí, porquerías, tú lo has dicho.

No dejes que se vayan con la idea de que no soy como esperaban que fuera, haz como si no hubieras oído lo que murmuraban sobre «sensualidad velada» y «luz y sombra». Esto refuerza el ego, no cabe duda. Todos los actos de firma de libros lo hacen. Aunque también sea un purgatorio.

Se acercó otra madre joven con dos copias ajadas de ediciones antiguas. A veces he acabado firmando más ejemplares de viejas ediciones que de la recientemente aparecida y bien dispuesta en pilas sobre las mesas de la entrada.

Naturalmente, cada vez me llevo a toda esa gente metida en la cabeza cuando me voy a casa, la tengo presente en el estudio en cuanto cojo el pincel. Están tan presentes como las paredes.

Las quiero. Sin embargo, tenerlas frente a frente me resulta siempre muy penoso. Prefiero leer las cartas que me llegan de Nueva York en dos paquetes cada semana y mecanografiar cuidadosamente las respuestas en soledad.

Querida Ginny:

Sí, todos los juguetes que aparecen en las escenas de la casa de Bettina se hallan en la mía, es cierto. Y las muñecas que dibujo son antiguas, aunque los viejos trenes Lionel pueden comprarse todavía en muchas tiendas. Quizá tu madre puede ayudarte a encontrarlos, etc.

—No podía irme a dormir a menos que ella estuviera leyéndome Bettina.

Gracias, sí, gracias. No sabes cuánto significa para mí oírte decir eso.

El calor ya estaba resultando insoportable. Jody, la bonita publicista de Nueva York, me susurró al oído:

—Dos libros más y se habrán agotado.

—¿Quieres decir que ya puedo emborracharme?

Se oyó una sonrisa reprensora. A mi lado, una jovencita de cabellos negros me miraba con una expresión de lo más transparente; tanto podía ser de miedo como de vacío. Jody me pellizcó el brazo.

—Sólo era una broma, querida. ¿Te he dedicado ya el libro?

—Jeremy Walker nunca bebe —dijo la madre, que estaba a su lado, con una sonrisa irónica pero franca. Se oyeron más risas.

—¡Se han agotado los libros! —indicó el dependiente haciendo un gesto con las manos—. ¡Agotados!

—¡Vámonos! —dijo Jody, cogiéndome del brazo con fuerza. Y acercando sus labios a mi oído, añadió—: Para tu información han sido mil ejemplares.

Otro empleado se ofreció para ir a la esquina a por más ejemplares, a Doubleday; de hecho, ya estaba alguien llamándole.

Me di la vuelta. ¿Dónde estaba mi chica rubia? La tienda iba quedándose vacía.

—Diles que no lo hagan, que no traigan más libros. No puedo firmar ninguno más.

La rubita se había ido. Pero yo no la había visto moverse de su sitio. Me vi escudriñando el lugar, buscando un parche de tartán en la muchedumbre, el sedoso cabello del color del maíz. Nada.

Con mucho tacto, Jody estaba diciendo a los dependientes que íbamos a llegar tarde a la fiesta del editor en el Saint Francis. (Se trataba de la gran fiesta que daba la American Booksellers Association en honor de la editorial). No podíamos llegar tarde.

—La fiesta..., había olvidado que teníamos que asistir —dije. Hubiese deseado aflojarme la corbata pero no lo hice. Cada vez que se publicaba uno de mis libros, me juraba a mí mismo que asistiría a firmarlos vestido con un suéter y con el cuello de la camisa desabrochado, y que por supuesto gustaría igual a todo el mundo, pero nunca me decidía a hacerlo. Así que ahora me hallaba atrapado en medio de una ola de calor con mi chaqueta de paño de lana y mis pantalones de franela.

—¡Se trata de la fiesta en la que puedes emborracharte! —susurró Jody, mientras me empujaba hacia la puerta—. ¿De qué te quejas?

Cerré los ojos durante unas décimas de segundo tratando de visualizar a la muchacha rubia tal como era: con los brazos cruzados y apoyada en el mostrador de los libros. ¿Había estado masticando chicle? Recuerdo sus labios rosados, del color de los caramelos de fresa.

—¿Es necesario ir a la fiesta?

—Oye, mira, habrá muchos otros autores en ella.

Lo cual significaba que estaría Alex Clementine, el autor y también estrella de cine de esta temporada (y mi gran amigo), así como Ursula Hall, la reina de los libros de cocina, y también Evan Dandrich, el autor de novelas de espío-

naje. Es decir, los supervendedores. Los pequeños autores respetables y los que escribían cuentos cortos no aparecerían por ningún lado.

—Puedes limitarte a estar.

—¡A estar yéndome a mi casa, por ejemplo!

Fuera era mucho peor, el olor de la gran ciudad se elevaba desde las aceras de un modo poco habitual en San Francisco, y un cierto aire viciado soplaba entre los edificios.

—Podrías hacerlo incluso dormido —comentó Jody—. Son los mismos reporteros de siempre, los mismos columnistas.

—¿Entonces por qué asistir siquiera? —pregunté. Aunque conocía bien la respuesta.

Llevaba diez años colaborando con Jody en ese tipo de asuntos.

Habíamos pasado de aquellos primeros tiempos, en los que prácticamente nadie quería entrevistar a un autor de libros para niños y hacer promoción significaba una o dos dedicatorias en alguna tienda infantil, a la locura de las últimas presentaciones, en que cada libro aparecido traía consigo peticiones de entrevistas en programas de televisión y radio, charlas sobre las películas de dibujos animados en producción, artículos intelectuales en las revistas; y la pregunta incansablemente repetida: ¿Cómo se siente al tener libros infantiles en las listas de los libros más vendidos para adultos?

Jody siempre había trabajado mucho, al principio obteniendo publicidad y ahora tratando de protegerme de ella. No estaría bien desaparecer si ella deseaba que asistiera a esa fiesta.

Atravesamos la Union Square con su sucio asfalto, sorteando los acostumbrados grupitos de turistas y vagos, bajo un cielo de luminiscencia descolorida.

—Ni siquiera tienes que hablar —dijo ella—. Sonríe y deja que coman y se tomen sus copas. Tú siéntate en un

sofá. Tienes los dedos manchados de tinta. ¿Has oído hablar alguna vez de los bolígrafos?

—Querida mía, le estás hablando a un artista.

Me asaltó un sentimiento de tristeza y de pánico a la vez cuando volví a pensar en la chica rubia. Si pudiera ir a mi casa ahora, probablemente podría pintarla o por lo menos trazar un esbozo antes de que los detalles desaparezcan como por encantamiento. Había algo en su nariz, su naricita respingona, y en la forma de sus labios llenos y pequeños. Tal vez serían así durante toda su vida, y bien pronto llegaría a odiarlos, pues sin duda ansiaba parecer una mujer hecha y derecha.

¿Pero quién era ella? Como si hubiera una respuesta concreta, me hacía de nuevo la pregunta. Era posible que la fascinación tan fuerte que emanaba crease siempre una sensación de reconocimiento. Alguien que debía conocer, con quien debía de haber soñado o de quien siempre había estado enamorado.

—Estoy muy cansado —comenté—. Será este maldito calor, no pensé que acabaría cansándome tanto.

La verdad es que me sentía agotado, incapaz de sonreír y deseoso de cerrarle sencillamente la puerta a todo.

—Bueno, pues deja que los demás sean el centro de atención. Ya conoces a Alex Clementine. Mantendrá a todo el mundo hipnotizado.

Sí, es bueno que Alex esté allí. Y todo el mundo ha dicho que la historia que ha escrito sobre la vida en Tinseltown es maravillosa. Desearía poder apartarme de todos e irme con Alex, encontrar un rincón en el bar y respirar tranquilo, pero a Alex le gustan mucho estas fiestas.

—Quizá tenga una segunda oportunidad.

Según avanzábamos hacia Powell Street una bandada de palomas se lanzó en nuestra dirección. Un hombre que llevaba muletas quería dinero suelto. Una especie de mujer fantasma llevaba un ridículo casco plateado con las alas de Mercurio y cantaba suavemente una espantosa canción con